

La Política de la Mettrie



S i yo fuera La Mettrie—¡Dios me libre!— y hubiera sentado los principios psicológicos y éticos que él sentó, sabría muy bien cual había de ser mi teoría política, al menos en lo que se relaciona con el origen del poder.

Si el hombre no es más que un "animal" a secas, y sin más aditamentos, es claro como la luz del sol, que no han podido agruparse en sociedad, mediante un pacto libre. La autoridad del que manda no puede ser otra que la fuerza, como en un rebaño manda siempre el "toro" más fuerte y en un gallinero el "gallito" más valiente o más "mañoso". La sociedad entonces queda reducida a una "manada de animales de dos patas", en vez de cuatro y que en vez de cogerlos con el "hocico" toman con las manos los alimentos".

Y efectivamente; tal cual nosotros lo hemos pensado, así lo hiciera La Mettrie, si, por un por si acaso, se le hubiera ocurrido decir algo directamente relacionado con las teorías sobre política y origen del poder. Empero bastante nos dice y da a entender con sus ideas sobre la libertad, y sobre las acciones humanas.

Bien sabido es que sin libertad no puede darse sociedad en la acepción genuina y humana de la palabra. Se darán agrupaciones, rebaños, lo que se quiera; pero sociedad, no. En el concepto de la sociedad entra como factor indispensable no solo la aglomeración de individuos, si que también y como elemento esencial el que esos diversos elementos aporten su concurso para la consecución de un fin común. Los hombres viven en sociedad, no precisamente por un acto libre de su conciencia, sino por una inclinación natural; empero para permanecer en la sociedad y para que ésta merezca el nombre de tal hace falta que sus componentes sean libres.

Pues bien; lo primerito que La Mettrie hace es negar la humana libertad. Así como lo digo. "L'homme est une machine qu'un fatalisme absolu gouverne imperieusement" "El hombre es una máquina que un fatalismo absoluto gobierna imperiosamente". ¡Echenle galgos al "tío" este!

Si pues, el hombre es una máquina, parece muy natural y muy justo que sus funciones deben depender de aquél que tuvo la humorada de hacerla. Y como sea Dios el autor de esa máquina de ahí que, en buena lógica debiera concluirse que Dios debe ser quien mueve, con imperio absoluto, y con dominio tiránico al hombre en todas sus acciones.

Pero ¡qué! La Mettrie, como todos los otros enciclopedistas sus amigos y compañeros de "dislates" filosófico-religiosos, creían que Dios es un ente inútil y se declararon "ateos", o deistas, que son dos palabras casi equivalentes a lo mismo, ya que entre no haber Dios haber uno que no hace más que estar por los altos cielos, sin tener relación alguna con las cosas de acá abajo, la diferencia es bien pequeña y solo de consecuencia lógica, como ya veremos.

Si el hombre es una máquina, siguese que sus movimientos deben estar regulados de un modo necesario, so pena de que se quiera decir que es una "máquina rota", lo que después de todo es verdad y mucha verdad, según como se entienda. Será, por lo tanto, del todo inútil que se quiera hacer al hombre responsable de sus actos, ni en

el fuero externo y del derecho público, ni en el fuero interno o de la conciencia.

Los remordimientos de esa conciencia, asegura muy formal La Mettrie, no son más que meras preocupaciones de la educación: "les remords sont des prejuges de l'education"; no debe darse distinción entre la virtud y el vicio y los que llamamos malvados no lo son más que los que calificamos como hombres justos y buenos. Y miren por donde hemos venido a parar en que "los pillos y los santos son todos iguales", que es lo que desde hace siglos vienen tratando de demostrar todos los que no quieren vivir en paz con Dios, consigo mismos o con la sociedad.

Si estas afirmaciones del materialista francés fueran ciertas mal año para todos los legisladores y para todos los gobernantes y aun para todos los jueces. ¿Con qué visos de razón se va a legislar para una máquina que tiene marcados y determinados sus movimientos de un modo fatal y necesario? Fuera, pues, todos los legisladores, que no harían, en el caso de ser cierta la tesis lamettriana, sino chupar la sangre del pobre pueblo, sin reportarle ninguna utilidad. Y dirá más de un lector: ¡"Lo que es por los legisladores, que los quiten todos, pues para lo que hacen"! Pero no es precisamente de quitarlos de lo que se trata, sino de declarar su plena inutilidad, radical, fundamental, absoluta.

Y sin leyes que rijan y gobiernen, no sé para que nos hará falta el gobernador y demás señores que forman lo que se denomina "Poder Ejecutivo". Fuera, pues con ellos y trisquemos y saltemos como cabritillos en monte sin cercar, sin que haya valladar que nos contenga, ni ley de Dios que nos sofrene los malos apetitos y las inclinaciones depravadas.

Y si no hay leyes, ni gobierno ejecutivo, mal puede haber tribunales de justicia que castiguen las transgresiones de unas leyes que no existen. Abajo, pues, los tribunales; abajo las cárceles y las horcas; abajo todo cuanto signifique castigo a culpas que no existen, pues el hombre empieza por ser una máquina, y las máquinas no son culpables de sus defectos y de sus roturas.

Como ve el lector, la disciplina de las consecuencias, como dice un buen amigo mío, es terrible y a ellas deben atenerse los que sientan principios tan absurdos como los sentados por La Mettrie.

Con lo dicho hasta aquí se entiende bien claramente por qué el francés La Mettrie, anduvo siempre en tratos y componendas con los mismos enemigos de su patria. Se comprende también por qué no quiso decir ni media palabra sobre el origen del poder. Bastante lo daba a entender con sus principios filosóficos.

Y aquí, y por falta de tiempo, cortamos el hilo de nuestro trabajo sobre la vida y doctrinas de La Mettrie. Tal vez escarbando en sus libros encontrásemos algunas "perlas" tan ricas y tan costosas como las hasta aquí descubiertas. Mas tenemos el estómago revuelto, de andar escarbando entre tantas y tales inmundicias literarias. Un estómago a prueba de bomba se necesita para pasarse un par de meses leyendo los dislates y las groserías con que plugo sembrar sus obras al filósofo francés. Y nosotros, gracias a Dios, aún tenemos las vísceras demasiado tiernas y no hemos llegado aun al periodo del "apergamamiento".

Quede, por lo tanto, aquí el Sr. de La Mettrie.

FILADELFO.